

¿Europa en ruinas?

Europa encarna en buena medida lo bueno y lo malo de la Humanidad en grado superlativo. En tanto concepto delimitado es casi inasible: ¿dónde están las fronteras de Europa por el Este? ¿No es el Mediterráneo en su circunvolución también Europa? Son preguntas del común. Hace muchos años, por ejemplo, se sabe que Grecia, la eterna y presuntamente blanca Grecia, origen de la europeidad, tiene un lado africano, negro para más señas, muy marcado.

Europa ha sido pasión hasta tal punto que los europeos mismos, amparados en su pluralidad lingüística, lucharon a brazo partido por ser cada cual en cuanto *volk*, *peuple*, *pueblo* o *popolo*, la encarnación de su existencia. El romanticismo, y su secuela el nacionalismo, le dio alas imaginarias y volitivas, que acabaron confundiendo la parte con el todo. En el filme *La grande illusion*, de Jean Renoir los enemigos alemán y francés hacen el último esfuerzo para combatir como héroes, al igual que se había venido realizando secularmente en todos los campos de batalla europeos. Frente a esa aristocrática caballeridad, rota con la barbarie de la Gran Guerra, Europa ha cometido atrocidades sin cuento, ha sometido a su dictado, por la vía *manu militari* o por la más sutil del comercio, a pueblos de todo el orbe terrestre. Hay algo de wagneriano, nietzscheano o schopenhaueriano en todo esto.

Por eso mismo, Europa en cuando idea motriz ha facilitado el camino a ideologías autoritarias o impositivas que pretendían encarnar el ideal europeo. En cierta medida Hitler y Mussolini también eran europeístas, como europeísta fue Napoleón. Nunca como frente a Europa la idea de rapto estuvo presente: el pequeño continente siempre ha sido representado como una frágil mujer raptada por un potente toro micénico. Sabemos que Europa existe, ciertamente, porque de lo contrario no habría movido tantas fuerzas en pos de cristalizar su existencia. Pero Europa a la vez es su propia negación. Quizás Hegel pudo pensar su dialéctica precisamente con el pensamiento en la imposibilidad de Europa, ente empírico, realidad geográfica, que sin embargo no existía. Frente a las abstracciones, el pueblo menudo, antiautoritario *per se*, no se ha dejado robar la idea europeísta en la práctica, como una faceta avanzada del internacionalismo, que tuvo su carta de nacimiento entre los europeos.

El gran problema del movimiento europeísta, surgido tras la II Guerra Mundial y amamantado en la Gran Guerra previa, fue concretar políticamente un ideario alejando el fantasma del nacionalismo, que ya había mostrado con creces su imposibilidad tras haber dejado regueros de sangre inauditos en el centro de la que se consideraba a sí misma “civilización”. Fueron los actores del nacionalismo europeo unos sonámbulos que no comprendían ciertamente cómo no había salido de la profilaxis guerrera la

esperada nueva Europa sino un océano de destrucción. Se impuso por la fuerza de los hechos el pacto tras el armisticio. Los europeístas pacifistas tomaron el relevo, y orientaron las energías indeclinables continentales hacia los logros económicos, que imaginaban podían acabar de manera realista con las tensiones intra-europeas, y tras los valores, es decir hacia unas democracias basadas en el patriotismo constitucional que suponía sustituir las pasiones territoriales por las abstractas y por la primacía del federalismo de base local.

Con la actual crisis mundial Europa ha vuelto a ocupar el centro de atención de la reflexión intelectual. La desafección del amigo inglés con la abrupta, pero no inesperada, salida por el *brexit*, y las dudas de muchos gobiernos y sus ciudadanías sobre la conveniencia de seguir con el proyecto de unión político-económica, han puesto sobre la mesa el verdadero rostro seductor a la vez que difuso de la “civilización europea”. Uno de los problemas más importantes reside en la centralidad del proyecto, cuyo núcleo directivo se puso inicialmente en el eje Bruselas/Estrasburgo, en el corazón geográfico del continente, olvidando la centralidad del Mediterráneo y su función fertilizadora. Por decirlo en términos plásticos: prevaleció la Grecia blanca, impoluta, de los héroes que habían sido reelaborados por los creyentes en la Europa racial, sobre la Grecia grandemente influida por Egipto y las culturas asiáticas y africanas. El blanco triunfo sobre el negro y sobre el color.

Hoy día, se impone no solamente recuperar el protagonismo de los ciudadanos, verdaderos artífices de la europeidad sino también de la mediterraneidad como eje fructificador de la Europa multicolor. Por ello, hemos de concluir que las ruinas de Europa lo son solo de una cierta concepción de la misma que ha olvidado ambos conceptos, que hay que recuperar a la mayor urgencia para evitar la verdadera ruina del proyecto. Europa es libertad y creación, es tensión histórica que se basa en las libertades de que gocen sus ciudadanos, como sabían bien los ilustrados creyentes en la supremacía de la razón.